

## BLAS DE OTERO Y ESPAÑA: PATRIOTISMO, NO NACIONALISMO

Sebastián Gámez Millán

No conozco a ningún poeta destacado del siglo XX en lengua española que mencione tantas veces el nombre de su patria a lo largo de su obra poética como Blas de Otero. Sería interesante aplicar el método tecnológico del profesor Antonio García Velasco para saber cuántas veces lo emplea, comparándolo con otros poetas. Se podría afirmar, pues, que no es el tema de casi ningún poeta destacado del ámbito hispánico en el siglo XX, con las posibles excepciones de Unamuno, Antonio Machado y José Hierro. De Blas de Otero, en cambio, debemos decir que después de la etapa de la “poesía desarraigada”, España es uno de sus temas principales: le duele España, escribe por y para España. En este sentido entroncaría con la Generación del 98, que tiene con la escritura un propósito reformador y, más allá, con Larra en el Romanticismo y con Quevedo en el Siglo de Oro.

Me interesa subrayar esto por varias razones: por un lado, para comprender más adecuadamente el papel de España como patria en la obra de Blas de Otero. Por otro lado, porque en nuestra cultura apenas se distingue entre “patriotismo” y “nacionalismo”. Los pocos signos de “patriotismo” que se manifiestan, salvo que se trate de la selección española de fútbol, que por otra parte levantan ampollas entre los nacionalistas “catalanes” y “vascos”, se (des)califican a menudo de “fascistas”, ya que se identifica todavía los colores de la bandera con elementos de propaganda de la dictadura franquista.

Además, no acostumbra a tolerarse la crítica a “la patria” o a “la nación”, como lo hizo en una labor poética imprescindible Blas de Otero. Quien se atreve a hacerlo, es también descalificado, cuando no denigrado o insultado, como le ocurrió a un director de cine recientemente. Por favor, no se confunda “patriotismo” con “patrioterismo”. Un país con una notable tradición de “patriotas” (y también “patrioterios”, todo hay que decirlo) como Estados Unidos sabe encajar mejor los dardos de sus críticos. ¿Acaso intelectuales como Noam Chomsky o Susan Sontag, por no dejar de ser muy críticos con el gobierno norteamericano, han sido exiliados o despreciados? Creo que esto también mide en cierto modo la calidad de una democracia: la capacidad de criticar sin perder de vista por ello lo que nos une, lo común.

Evidentemente, si tuviera que decantarme por alguna postura cívico-política, prefiero el cosmopolitismo (no el “cosmopaleitismo”, que también abunda) bien entendido y practicado, que surgió con Sócrates en Occidente, se desarrolló con el estoicismo y no germinó hasta la Ilustración, en particular, con Kant y Goethe. Pero, aunque ambas defienden “patria” y “nación”, entiendo que “patriotismo” y “nacionalismo” son posturas cívico-políticas de

naturaleza bastante diferente: mientras que la primera bien practicada crea comunidad y la beneficia, la segunda, por la lógica excluyente que arrastra consigo, divide y separa.

Elegiremos algunos poemas representativos de estos asuntos en Blas de Otero de los muchos en los que trata de España y los analizaremos e interpretaremos y veremos, entre tanto, que el ejercicio de la autocrítica, sin el cual es inconcebible el progreso en cualquier ámbito, no se hace por odio o rechazo a la patria, sino por deseo de corregirla, enmendarla o mejorarla. Pero no elegiré estos poemas únicamente por su temática, sino también por su calidad poética. Comenzaremos con “Por venir”, incluido en el poemario *Que trata de España* (1964):

Madre y madrastra mía,  
España miserable  
y hermosa. Si repaso  
con los ojos tu ayer, salta la sangre  
fratricida, el desdén  
idiota ante la ciencia,  
el progreso.

Silencio,  
laderas de la sierra  
Aitana,  
rumor del Duero rodeándome,  
márgenes lentas del Carrión,  
bella y doliente patria,  
mis años  
por ti fueron quemándose, mi incierta  
adolescencia, mi grave juventud,  
la madurez andante de mis horas,  
toda  
mi vida o muerte en ti fue derramada  
a fin de que tus días  
por venir  
rasguen la sombra que abatió tu rostro<sup>1</sup>.

En la primera estrofa llama la atención el uso del apóstrofe, la expresión vehemente con la que se dirige de forma personificada a “España” como una madre a la vez que madrastra, y esa antítesis, “miserable y hermosa”, con la que capta y refleja atinadamente la ambivalencia emocional. Según el psicoanálisis de Freud, no hay nada amado que por momentos no sea odiado. Y la patria no parece ser una excepción.

<sup>1</sup> Blas de Otero, *Antología poética. Expresión y reunión*, Madrid, Alianza, 2007, p. 150.

Junto a ello, en esta primera estrofa, declara que al mirar atrás, al pasado, lo que despunta es la guerra “fratricida”, en clara alusión a la guerra civil, pero también a otros vergonzosos y tristes episodios de nuestra historia; el desinterés por la ciencia y, en suma, por todo aquello que contribuye al progreso. No son fortuitas, pues, estas tres características del pasado de España: la guerra fratricida, el rechazo de la ciencia y el progreso. Al contrario, son tres de las peores deficiencias y carencias que padecemos.

La segunda estrofa comienza con una descripción de paisajes españoles, otra lograda antítesis que a la vez es un apóstrofe, “bella y doliente patria”, y continúa con una hábil descripción de las etapas de su vida muy bien sintetizadas con epítetos (“incierto adolescencia”, “grave juventud”). Esa descripción de su vida y de su muerte concluye, como las de cualquier ciudadano de un país, con la esperanza en el “por venir” de que las sombras que abatieron su rostro desaparezcan.

Este mismo poemario, *Que trata de España*, contiene un poema cuyo título es un significativo neologismo acuñado por Blas de Otero, “Españahogándose”. De este modo se aprecia que, aun recogiendo buena parte de los sedimentos de la tradición, Blas de Otero sabe crear a partir de estos restos. ¿Puede ser de otra forma? No será este el único elemento vanguardista e innovador de este poema, como veremos a continuación. Obsérvese cómo conjuga la crítica social con la elaboración de las formas y el cuidado del lenguaje, características por las que su poesía perdura mejor que otras de corte social.

Cuando pienso  
 en el mar es decir  
 la vida que uno ha vuelto desenvuelto  
 como  
     olas  
             sonoras  
 y sucedió que abril abrió sus árboles  
 y yo callejeaba  
                     iba venía  
 bajo la torre de san Miguel  
 o más lejos  
             bajaba  
 las descarnadas calles de Toledo  
 pero es el mar  
 quien me lleva y deslleva en sus manos  
 el mar desmemoriado  
 dónde estoy son las márgenes  
 del Esla los esbeltos álamos  
 amarillos que menea el aire  
 no sé oigo las olas



Por tanto, se podría decir a modo de conclusión que en la historia de España hay casos extraordinarios de seres que se rebelan frente a los poderes autoritarios y despóticos, en busca de ampliar la libertad, pero que acaban como el General Torrijos: fusilados, ahogados en el mar de la historia. El acierto expresivo de este poema es que fondo y forma fluyen en consonancia.

“España”, reunido en *Geografía e historia*, que también pertenece a *Que trata de España*, es un prodigioso soneto, género en el que Blas de Otero es un reconocido maestro<sup>3</sup>, y en el que vuelve a preguntarse por España, y a criticarla, pero precisamente porque le duele este espacio habitado por personas que siente como patria.

A veces pienso que sí, que es imposible  
evitarlo. Y estoy a punto de morir  
o llorar. Desgraciado de aquel que tiene patria,  
y esta patria le obsede como a mí.

Pregunto, me pregunto: ¿Qué es España?  
¿Una noche emergiendo entre la sangre?  
¿Una vieja, horrorosa plaza de toros  
de multitud sedienta y hambrienta y sin salida?

Fuere yo de otro sitio. De otro sitio cualquiera.  
A veces pienso así, y golpeo mi frente  
y rechazo la noche de un manotazo: España,

aventura truncada, orgullo hecho pedazos,  
lugar de lucha y días hermosos que se acercan  
colmados de claveles colorados, España<sup>4</sup>.

En el primer cuarteto deja claro que aquel que tiene patria tiene una desgracia, sobre todo cuando le obsesiona tanto como a él, pues añade otro motivo de pena y sufrimiento a la vida. De tres preguntas consecutivas se compone el siguiente cuarteto, sin duda el de las imágenes más audaces e impactantes del soneto: empieza preguntándose por “¿Qué es España?”, pregunta a la que responde con otra pregunta, la imagen onírica de “una noche emergiendo entre la sangre”. El campo léxico, con términos como “noche” y “sangre”, es obvio: si el pasado ha sido así, ¿por qué habría de imaginar un futuro muy distinto? A esa pregunta responde con otra pregunta cuya imagen proviene de las costumbres bárbaras de la cultura española: “¿Una vieja, horrorosa plaza de toros / de multitud sedienta y hambrienta y sin salida?”

<sup>3</sup> Véase sobre este asunto Blas de Otero, *Todos mis sonetos*, Madrid, Turner, 1977.

<sup>4</sup> Blas de Otero, 1977, *op. cit.*, p. 72.

El primer terceto condensa la idea de que le hubiera gustado ser de otro lugar, el que fuera con tal de no ser de España. Y en el último terceto parece que asume su destino y vuelve a definir a España con certeras metáforas: “aventura truncada”, “orgullo hecho pedazos”, “lugar de lucha y días hermosos que se acercan /colmados de claveles colorados, España”. El último verso es significativa y acertadamente ambiguo: los claveles colorados puede ser signos de una buena nueva, de una esperanza, pero al mismo tiempo pueden ser signo de fiestas tan bárbaras y repugnantes como la de los toros.

En honor a la verdad, hay que tener cuidado tanto con el patriotismo como con el nacionalismo, como con cualquier enfermedad que provenga de un uso inadecuado del lenguaje. Como ha señalado el filósofo Jesús Mosterín: “El lenguaje ayuda a solucionar muchos de nuestros problemas reales, pero también crea otros nuevos problemas y seudoproblemas que sin él no existirían. Mediante el lenguaje podemos decirlo todo, lo que hay y lo que no hay, lo verdadero y lo falso, lo real y lo imaginario, lo sensato y lo absurdo (...) El papel del lenguaje es central en el adoctrinamiento político y religioso y en cualquier tipo de lavado de cerebro. El fundamentalismo es una enfermedad de la palabra”<sup>5</sup>.

Contra la grandilocuencia y el hechizo de las palabras que emanan de ideologías fundamentalistas que acaban generando violencia y derramamiento de sangre<sup>6</sup>, y que puede ser tanto el patriotismo como el nacionalismo, nos previno el poeta José Emilio Pacheco con “Alta traición”, que es una crítica a la noción de “patria”, una deconstrucción de lo que hay detrás del término con el que en no pocas ocasiones juegan políticos e instituciones a fin de legitimar el sacrificio y la muerte.

### Alta traición

No amo mi patria.  
 Su fulgor abstracto  
 es inasible.  
 Pero (aunque suene mal)  
 daría la vida  
 por diez lugares suyos,  
 cierta gente,  
 puertos, bosques de pinos,  
 fortalezas,  
 una ciudad deshecha,  
 gris, monstruosa,  
 varias figuras de su historia,

<sup>5</sup> J. Mosterín, *La naturaleza humana*, Madrid, Espasa, 2008, pp. 225 y 226.

<sup>6</sup> El uso inadecuado de las palabras puede llevar a “identidades excluyentes” y, en consecuencia, a generar violencia y muerte. Una obra esencial sobre estas cuestiones es la de Amin Maalouf, *Identidades asesinas*, Madrid, Alianza, 2009.

montañas  
-y tres o cuatro ríos<sup>7</sup>.

La alta traición comienza en el primer verso, al declarar que no ama su patria, sentimiento al que parece que estaríamos obligados, de lo contrario se nos puede condenar. A continuación, en los que seguramente sean los dos versos más resplandecientes del poema, indica el motivo por el que no la ama: “su fulgor abstracto / es inasible”. Detrás de la palabra “patria”, como detrás de tantas palabras que provienen de ideologías patrióticas, nacionalistas, dictatoriales y totalitaristas, hay en no pocas ocasiones lógicas sacrificiales y sanguinarias.

Deconstruida la noción de “patria” como concepto abstracto bajo el que se puede cometer cualquier acción, emplea una expresión reveladora sobre a dónde nos puede conducir “la patria” mal entendida y practicada: a dar la vida por ella. Pero aquí el poeta lo hace con ironía (“aunque suene mal”). ¿Qué es lo que suena mal? Disentir, llevar la contraria, opinar de forma diferente: en suma, la libertad de expresión que no se admite en los estados autoritarios o dictatoriales.

Y sigue en un giro inesperado describiendo en una breve y sencilla enumeración lo que significa para él la patria: ciertos lugares, personas, paisajes... Patria que se corresponde más bien a la escala humana de los humanos. Alejada, pues, de las abstracciones fulgurantes y vagas y difusas que usan ideologías autoritarias y dictatoriales para sus intereses, que con frecuencia van contra los intereses de los ciudadanos.

La retórica minimalista, *in sotto voce* e irónica de José Emilio Pacheco es un agudo contrapunto a la retórica encendida y apasionada de Blas de Otero, que por momentos puede degenerar en estas enfermedades de la lengua en las que caen patriotismos y nacionalismos y, lo que es aún peor, con la que hechizan y seducen a los ciudadanos, incluso muy bien formados y preparados intelectualmente, como durante la época de Hitler el filósofo Martin Heidegger o el que luego fuera artista y escritor y Premio Nobel de Literatura Günter Grass.

No obstante, si indagamos en la génesis formativa como poeta de Blas de Otero, observaremos que las concepciones patrióticas y nacionalistas, cuando no provincianas, son insuficientes para explicar cómo forjó su voz. Aunque se alimentara de buena parte de la tradición española, desde san Juan de la Cruz y Quevedo hasta Unamuno y Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, tres de los padres de la poesía española del siglo XX, Blas de Otero no hubiera llegado a ser el poeta que fue sin Maiakovski, Éluard, Neruda, Hikmet y, sobre todo, Vallejo y Whitman. En la génesis formativa de

<sup>7</sup> J. E. Pacheco, *Elogio de la fugacidad. Antología poética (1958-2009)*, Madrid, F. C. E., 2010, p. 23.

cualquier escritor, el concepto de “literatura universal” es más abarcador, explicativo y justo que cualquier noción patriótica y/o nacionalista.

Concluamos con “Oigo, patria...”, que es otro canto a la tierra donde se pregunta cuándo recobrará su antiguo esplendor:

Patria lejana, dónde  
 tus torres de poniente,  
 las ramas de los olmos  
 altos, grandilocuentes,  
 tus pardos altozanos  
 que el viento azul envuelve,  
 las hojas de tus chopos  
 sortijando verdes,  
 tus ciudades decrepitas  
 (como en sentencia breve  
 dijo Antonio Machado),  
 tus tristes, lentos trenes  
 que vienen y no van  
 a parte alguna, dónde  
 la rosa de tus nieves  
 bellas, el encarnado  
 cruel de tus claveles,  
 el rostro de tus hombres  
 que hablan como le vienen  
 las palabras, oh patria  
 muda, oh silenciosa  
 meseta donde siempre  
 enterrará mis ojos  
 por lejos que te sueñe<sup>8</sup>

Como se apreciará, se abre con una invocación (“Patria lejana”). Luego describe el paisaje natural de esa patria precedido por una pregunta, “dónde”, que se omite en forma de elipsis y con la logra dotar de ritmo a toda la composición. Ese “dónde” que aparece y se omite en forma de elipsis apela en cierto modo a un pasado más esplendoroso y a una esperanza por venir.

La descripción del paisaje abunda en elementos naturales, con algunos contruidos por el ser humano (“tus torres de poniente (...) tus tristes, lentos trenes / que vienen y no van”) o del ser humano (“el rostro de tus hombres”). La naturaleza, por medio de las estaciones, viene y va, aparece y desaparece. Por lo tanto, se insiste en la idea de retorno de un esplendor pasado.

Parte de la gracia de esta composición reside en cómo las palabras adquieren un valor simbólico y metafórico (“dónde / la rosa de tus nieves /

<sup>8</sup> Blas de Otero, 2007, *op. cit.*, pp. 206 y 207.

bellas, el encarnado / cruel de tus claveles”) con las que reciben otras asociaciones por el lector cómplice que enriquecen el significado del texto: los tristes trenes son, imaginamos, los de emigrantes que buscan trabajo fuera de los muros de la patria; de la misma manera, si los hombres “hablan como les vienen las palabras” será, quizá, porque no hay censura, porque por fin se vive bajo una libertad de expresión democrática.

Termina el poema con otras dos invocaciones a la patria en tono más exclamativo, acompañadas de una personificación y una sinécdoque (“oh patria / muda, oh silenciosa meseta”), y encadenadas por un paralelismo sintáctico con el que consigue un efecto de repetición y cadencia. La última imagen es otra de las más preciosas del texto: “(patria) donde siempre / enterraré mis ojos / por lejos que te sueñe”.

La patria se sueña desde cualquier lugar, y aún más desde la distancia, que acostumbra a idealizar. Para que un espacio cobre la dimensión de patria basta haber vivido en él, haber vivido y, cómo no, haber amado, dos verbos que se conjugan de forma casi inseparable. Por ello “allá donde voy, va conmigo mi patria”, que no tiene por qué ser, y casi mejor así, la Patria-Nación-Estado, esa abstracción inasible que da tantas muertes, sino a la manera propuesta por José Emilio Pacheco, ciertas personas, ciertos lugares, ciertos paisajes.

Basta leer el ensayo “La crisis del patriotismo” para percatarse de que la ausencia de patriotismo en nuestra tradición no es un fenómeno reciente, y cuando esta ausencia se confunde con el “nacionalismo” o se convierte en “antipatriotismo” implica las más de las veces un déficit democrático. Por eso, aunque prefiero una ciudadanía cosmopolita, de la cual reconozco que estamos más lejos, reivindicar un patriotismo bien entendido y practicado a la manera que lo hizo Blas de Otero es, desde una perspectiva cívico-política, más saludable que los nacionalismos que dividen a la ciudadanía.

Por último, cedamos la palabra a un maestro de Blas de Otero y a un maestro de España, Unamuno: “Cuenta el viejo Herodoto que, vituperados unos soldados egipcios por haber pasado a servir a otro pueblo, e invocándoles el nombre de la patria, contestaron señalando sus partes genitales: “Donde va esto, va la patria”. El supremo producto histórico es el hombre, es el gran *hecho* de la Historia. Y la gloria del hombre es el ideal, y en éste, el ideal patriótico, la gran patria humana, bajo el cielo común a todos, a la mirada del Sol común, padre de la vida, en el seno de la Tierra común, madre de ella, hecha verdadera posesión humana”<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Unamuno, “La crisis del patriotismo”, recogido en *Ensayo-Novela-Poesía-Teatro*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1970, p. 13.

<sup>10</sup> Unamuno, 1970, *op. cit.*, p. 13.